

EL MUÉRDAGO DE COLOR AZUL

Guillermo, se mecía junto al fuego enfrascado en la lectura. Hacía unos días que un señor de avanzada edad se sentó junto a él en el tren que le llevaba de regreso a casa. Tenía un libro sobre sus piernas y en una de las estaciones se bajó dejándolo en el asiento. A Guillermo le impactó ese anciano tan peculiar y, lo había estado observando por el rabillo del ojo. Tenía barba blanca y espesa, rondaría los 70 años, llevaba un gorro de lana y de su rostro manaba simpatía y bondad, “vamos, solo le falta el traje rojo, y sería Papá Noel”, pensó. Guillermo al darse cuenta que se dejaba el libro, rápidamente lo cogió y salió tras él, intentó luchar contra la espesa masa de gente que bajaba y subía del tren, pero aquel anciano desapareció. Regresó cabizbajo a su asiento con el libro en sus manos, mientras el tren cerraba sus puertas.

Daba la sensación de ser antiguo, estaba elegantemente encuadernado y, sus hojas amarilleaban debido al paso del tiempo. Las letras de las pastas estaban grabadas en oro y habían perdido algo de su brillo original, pero se podía leer perfectamente...” EL MUÉRDAGO AZUL”.

Estaba oscureciendo, y por la calle se escuchaban risas y alegres villancicos, miró por la ventana y vio un grupo de niños pidiendo el aguinaldo, era Nochebuena, había luces que se encendían y apagaban decorando un gran árbol de Navidad que había en la plaza. Le entró hambre y se fue hacia la cocina, no sabía que cenar y tampoco le apetecía cocinar. Total vivía solo, qué más da, se dijo para sí mismo. Fue a la despensa y cogió un sobre de sopa, apetecía una sopita caliente y humeante, fuera el frío cortaba la respiración, además que estaban comenzando a caer tímidos copos de nieve.

Mientras se tomaba la sopa, unos versos que había leído resonaban en su cabeza una y otra vez.

“Sobre las ascuas se va posando
espeso líquido azul turquesa,
mana del misterioso muérdago
cuyo jugo desprende en la hoguera.

Alrededor inhalan el humo
gentes con ansia de vida eterna,
que cantando alegres villancicos
esa misteriosa planta queman”.

¿Podía estar hablando de una planta con el poder de la inmortalidad? Sería algo fantástico, ¡ser inmortal!, no conocer la muerte, ¿Dónde estaría aquel muérdago azul?

Después de cenar volvió a mirar por la ventana, y vio tras las finas cortinas como los vecinos celebraban en familia la Nochebuena, reían, cantaban y brindaban. Emitió un hondo suspiro, él estaba solo otro año más, bajó la persiana con energía, volvió a sentarse junto al fuego y comenzó a leer. Ya se había leído casi todo el libro y no encontraba ninguna pista sobre el lugar donde podría encontrar el muérdago azul, poco a poco sin darse cuenta se quedó dormido. Se despertó de madrugada, el libro se había caído al suelo, lo cogió y lo abrió por donde tenía el marcapáginas, estaba intrigado, sentía gran curiosidad por descubrir donde podría encontrar el muérdago azul.

“El celeste muérdago
búscalos en Navidad.
Escondido en la mancha
oculto en un pinar.
Sombra le da un castillo
a la esencia inmortal,
en un precioso pueblo
con aire medieval.

Cerca está La Mota
y luego Quintanar,
junto a Las Pedroñeras
lo podrás encontrar.
Entre trigo y cebada
entre vid y olivar,
permanece escondido
toda la eternidad”.

¡Ese es el lugar! gritó entusiasmado.

Y sólo crece una rama, lo que quiere decir que puede cogerlo solamente una persona cada año, entonces... no hay para toda la humanidad, si se descubriera seguro que todos lo querrían, y se matarían por él.

Se quedó sentado mirando el fuego, y una voz interior le preguntaba... ¿quieres ser inmortal?

Guillermo tenía pánico a la muerte, daría cualquier cosa por no pasar por ese duro trance. Poco a poco se fue embarcando en una profunda reflexión, ¡tenía en sus manos el secreto de la inmortalidad!

Si fuera inmortal, podría vivir sin oxígeno y vivir bajo el agua, pero... ¿para qué? Aunque me traspasaran mil veces el corazón con un cuchillo sobreviviría, ¿pero dolería?, seguro que sí. Ni una bomba atómica me mataría. No necesitaría comer para vivir, aunque sentiría hambre, entonces tendría que comer. Mis seres queridos irían muriendo, toda mi familia, amigos... y yo me quedaría solo. Eso debe ser horrible, sería muy doloroso amar y amar y ver morir ese amor una y otra vez, y volver a empezar... ¿Y si alguien, algún día, descubriera que soy inmortal?... me convertiría en un show, “Guillermo el inmortal”,

harían programas de televisión sobre mí, sería un bicho raro. Ninguna enfermedad, conseguiría matarme, pero... una enfermedad degenerativa, iría atrofiando mi cuerpo... y ¿quedaría eternamente atrofiado? ¡Oh, qué horror!

Entonces, la voz interior le volvió a preguntar... ¿realmente quieres ser inmortal?"

Miró el libro, respiró profundamente, lo cerró con sumo cuidado y salió a la calle, estaba cubierta de un blanco manto, y unos niños estaban haciendo un muñeco de nieve. Se lo colocó debajo del brazo, se frotó las manos para darles calor y se fue a un gran parque, se sentó en un banco frente a un bello estanque, miró el libro por unos instantes y allí lo dejó.

Al día siguiente regresó al mismo banco, el libro no estaba, se quedó un buen rato sentado observando a la gente que paseaba ajena al gran secreto que en su mente guardaba. Reían, conversaban, los niños jugaban... “¿alguno será inmortal?”, se preguntó.